

LA INTERCOMUNION EN SU FASE ACTUAL

por URSICINO DOMINGUEZ DEL VAL

La invitación de Cristo a la unidad se hace sobre todo dolorosa ante la eucaristía, sacramento precisamente de la «unidad». Según el N. T., la Última Cena es la fuente de esta unidad y, al mismo tiempo, signo de la misma: «Y puesto que no hay más que un pan, todos somos un cuerpo, porque todos participamos de este único pan»¹. «O sacramentum pietatis, o *signum unitatis*, o *vinculum caritatis*»², nos dice S. Agustín.

A pesar de ello la eucaristía es signo de división entre los cristianos. Y las divergencias son tales que afectan a este misterio en varias dimensiones: en cuanto alimento, en cuanto sacrificio e incluso en la manera de celebrarlo. Es más, las divergencias se manifiestan no únicamente entre católicos y protestantes, sino entre las mismas Iglesias nacidas de la Reforma.

Y este sacramento, que debe unir a todos, tratándose de la intercomuniación, crea problemas de conciencia eclesiales y personales. Cualquier invitación o coacción a no respetar la disciplina de cada Iglesia o Comunidad cristiana está fuera de lugar, si partimos de una auténtica libertad.

Aunque el problema de la intercomuniación data de hace algunos años, el hecho ocurrido en París, rue de Vaugirad, el día de Pentecostés, 2 de junio de 1968, ha dado pie para hacer, si cabe, más actual el diálogo a nivel teológico iniciado hace tiempo. El hecho a que nos referimos es el siguiente. Un grupo de católicos y protestantes, en número de sesenta y uno si damos fe a las estadísticas, se reunieron para una celebración eucarística común, que llevaba consigo, naturalmente, la consagración del pan y del vino.

1. I Cor. 10, 17.

2. *Tract. 26 in Joh.* (PL 35, 1613).

Habian tomado parte profesores de Universidad, párrocos, coadjutores, laicos en su doble dimensión de obreros y estudiantes.

Al terminar la función eucarística todos los asistentes firmaron una carta - documento dirigida al arzobispo de París, Mons. Marty y al Presidente protestante, Sr. Westphal, en la que con sinceridad le comunicaban el contenido de la reunión. He aquí el texto original:

Frères,

En cette fête de Pentecôte soixante et un chrétiens, catholiques et protestants, laïcs, prêtres et pasteurs, se sont réunis pour écouter ensemble la parole et partager le pain et le vin eucharistiques.

Nous avons, à des titres divers, participé ensemble, depuis des années, et notamment au cours de ces dernières semaines, aux luttes politiques de notre temps et nous y avons vérifié la portée révolutionnaire de l'Évangile. Conscients de notre profonde communion dans la foi, nous avons été poussés à célébrer par un signe commun nos nombreuses rencontres au milieu du peuple des ouvriers et des étudiants luttant pour sa liberté: il nous fallait vivre cette fête de la rencontre universelle dans l'action de grâces et l'espérance et ne pas le faire séparément, mais ensemble. Ce n'est pour nous qu'un début: le combat pour la justice continue. Solidaires de tous ceux qui le mènent, nous annonçons la mort et la résurrection du Seigneur présent et qui vient.

Par ce geste, nous n'entendons pas nous séparer de nos communautés respectives. Nous tenons compte du fait que l'unité réelle des chrétiens dépasse aujourd'hui les frontières confessionnelles: les événements vécus ensemble depuis des années et récemment dans la rue, nous ont fait avancer vers l'unité plus que beaucoup de nos rencontres œcuméniques autour de tables de discussion théologique.

Nous ne savons pas si nous serons appelés à répéter ce geste, dont nous avons tenu à vous informer immédiatement, parce qu'il nous paraît devoir être tenu aussi loin de la publicité tapageuse que de la clandestinité.

Dans la joie de cette Pentecôte vos frères vous saluent.

(En *La Documentation catholique*, nn. 1520, 1968, 1212).

Con estos sesenta y un cristianos se solidarizaron otros 268, cristianos también de ambas confesiones: sacerdotes, pastores, laicos. En este grupo descuella la relevante figura de M. D. Chenu. Se solidarizaron con el siguiente documento:

Un texte de Soutien.

Lorsque, le dimanche de Pentecôte, soixante et un chrétiens ont renversé pour un jour leurs frontières confessionnelles, nous l'avons accueilli comme un cri, longtemps étouffé. Un événement s'interprète; libre à chacun de l'apprécier. Mais un cri s'entend. Il doit être écouté pour ce qu'il est, et pour ce qu'il signifie.

Nous savons que des chrétiens ont été choqués par ce «geste prématuré», mais la connivence de l'opinion et la complicité de ceux qui sont sortis dans la rue ont plus de poids pour nous que les craintes gênées de ceux qui fréquentent nos temples et nos églises. L'œcuménisme, pour nous, n'est pas une fin.

Sans doute, des premiers chrétiens, nous avons appris que «rien ne se fait sans l'évêque», mais de toute l'histoire: de l'ancien Israël, de l'Église et des hommes, nous avons aussi retenu que rien ne se fait sans le peuple.

Lorsqu'un souffle de révolution soulève des masses, le signe de Pentecôte se perçoit dans l'insurrection des consciences et dans la subversion de l'esprit prophétique.

Dans le geste de ces soixante et un chrétiens, dans ce «formidable cri» (Josué 6, 5), nous reconnaissons comme «une sommation aux théologiens et aux hiérarchies responsables» pour que les murs de nos citadelles et de nos «Jericho» n'empêchent plus le peuple de pénétrer dans le monde de l'Evangile. Et le vivre.

(En *La Documentation Catholique*, n. 1520, 1968, 1216-17).

Otros acontecimientos de intercomuni3n, posteriores a los de Par3s, pero sin relaci3n alguna con ellos, han tenido lugar en otras dos ocasiones p3blicamente. Han contribuido tambi3n a dar actualidad al tema.

Durante la celebraci3n de la IV Asamblea Mundial del Consejo Ecum3nico de las Iglesias en Upsala, del 4-19 de julio 1968, el d3a 7, en la Catedral de esta ciudad, se celebr3 un servicio de comuni3n abierta a invitaci3n de la Iglesia de Suecia. Un religioso holand3s comulg3 y en un peri3dico sueco explic3 su proceder se3alando que lo hizo por un impulso espiritual al que no pudo sustraerse. Un cl3rigo ortodoxo de la delegaci3n de la Iglesia de Alejandria comulg3 tambi3n arrebatado por un movimiento de masa. Algunos cat3licos suecos se acercaron a la mesa, pero no comulgaron.

En otro acto de liturgia experimental celebrado el 10 de julio por la tarde, tambi3n en la Catedral de Upsala, entre los numerosos fieles que se acercaron a la mesa hab3a un grupo peque3o de cat3licos, e incluso de sacerdotes que hab3an venido a la ciudad sueca para asistir a los trabajos de la Asamblea. Indiquemos todav3a que los viejos cat3licos no han practicado en todos estos actos la intercomuni3n.

Como hab3an circulado rumores de que los observadores cat3licos hab3an comulgado en la Santa Cena, antes indicada, un comunicado del Secretariado para la Unidad precisa el hecho de la intercomuni3n, pero se3ala que no fueron los observadores cat3licos los que comulgaron; estos observadores dieron a conocer en p3blico y en privado la disciplina actual de la Iglesia Cat3lica en esta materia. El comunicado a3ade que espera que tales actos no perjudiquen los estudios serios teol3gicos actualmente en curso.

Todav3a en los primeros d3as de septiembre, 1968, en la Conferencia de los Obispos de Hispanoam3rica, en Medell3n, antes de la clausura se ha celebrado otra intercomuni3n por iniciativa, esta vez, de los mismos obispos. Hab3an participado en los trabajos de la Asamblea algunos miembros no cat3licos, tales como el Hno. Robert Giscard, de Taiz3; el obispo anglicano Reed D. Benson; el pastor Manfred Bahman, de la Federaci3n Mundial luterana; y los pastores Naylor Curtis y Green Dana, del Consejo Nacional de las Iglesias de Cristo. Todos estos fueron invitados por los obispos a participar «con los hermanos en Cristo» a la comuni3n eucar3s-

tica. Y de hecho comulgaron, al menos tres, en la misa concelebrada por los obispos en la capilla del Seminario Mayor. La invitación se hizo por la mañana para comulgar por la tarde; no hubo tiempo, por tanto, de trámites ni consultas oficiales. La decisión parte de los obispos. ¿Hubo contacto previo con Pablo VI? Lo desconocemos. Parecía odioso, se nos dice, que en el momento más esencial, como es el de la comunión, se excluyesen de la misma a unos hombres que codo a codo habían trabajado y orado junto a los obispos y que habían también constatado la unidad profunda de su fe. Por estos datos puede verse que la diferencia entre este hecho y lo de París y Upsala es clara por varias razones: primero, porque aquí la iniciativa parte de los obispos; segundo, porque se hace en el cuadro de la liturgia católica; y tercero, porque no es una concelebración en un terreno neutro, como en París, y además con carácter privado.

RAZONES A FAVOR DE LA INTERCOMUNION

De estos documentos parisienses que hemos transcrito y de manifestaciones de miembros asistentes recogemos los siguientes argumentos que motivan su postura:

1. Conscientes de la profunda comunión en la fe que existe hoy día entre los seguidores de Cristo, y que en realidad sobrepasa las fronteras confesionales, este grupo de cristianos ha querido simbolizarla con una función litúrgica dándole al mismo tiempo función de prueba de esta comunión de fe que actualmente se vive. Algunos acontecimientos de años pasados y los vividos recientemente en la calle ³, nos dicen, han hecho avanzar más hacia la unidad que muchos encuentros ecuménicos de discusiones teológicas alrededor de una mesa.

2. Los acontecimientos han querido ser también un gesto profético que anuncia al mundo entero la esperanza de unidad cristiana que los invade. Y, por eso, nos dirán, que ignoran si en virtud de este gesto profético serán llamados de nuevo a repetir un tal hecho. Para ellos intercomunion es manifestar ostensiblemente la parte de comunión que ya se vive tanto en el diálogo como en la colaboración y acelerar la marcha hacia una comunión más plena. «Lorsqu'un souffle de révolution soulève des masses, nos dicen, le signe de Pentecôte se perçoit dans l'insurrection des consciences et dans la subversion de l'esprit prophétique» ⁴.

3. Se refieren a las huelgas parisienses de los meses de mayo y junio de 1968.

4. Cf. Un texte de soutien.

Que ellos hayan actuado con espíritu profético lo niega el pastor G. Casalis en la carta a Le Guillou ⁵; pero en realidad lo que hace es afirmarlo, ya que sus palabras textuales: «encore une fois nous pensons avoir été conduits par l'Esprit à cette commune décision» no significan sino que han realizado un acto impulsados por el Espíritu, lo que es ciertamente profético. Este acto profético está muy de acuerdo con la opinión de algunos de ellos de que en circunstancias excepcionales pueda surgir, bajo el influjo del Espíritu Santo, la organización carismática de la Iglesia.

3. La liturgia de esta concelebración no es en manera alguna una innovación, porque está enraizada en la antigüedad cristiana, nutrida en el tronco común de la patrística, y por eso esta liturgia de la intercomu-

5. Ceux qui ont participé à la célébration eucharistique de Pentecôte sont heureux du débat qui s'est instauré dans les églises à cette occasion et qui a porté à la connaissance du grand public à la fois l'urgence et la difficulté de la question. (Tout au plus souhaiteraient-ils que les problèmes intérieurs à l'Eglise ne viennent pas, une fois de plus, oblitérer les responsabilités et prises de position de l'Eglise dans le temps présent). Il est cependant certaines affirmations qu'ils doivent relever chez ceux qui, tout en leur étant proches, ont manifesté leur désaccord avec l'acte oecuménique de Pentecôte.

C'est ainsi que l'article du R. P. Le Guillou, paru dans la Croix le mercredi 19 juin, contient un certain nombre d'inexactitudes que nous devons de signaler, car elles sont de nature à obscurcir ce qui, pour les participants, a d'abord été une obéissance et une joyeuse action de grâces :

1. — Il est inexact que «des protestants aient accepté d'inviter des catholiques à poser un acte qui est infidélité profonde à leur Eglise». Aucun de nous n'a eu en cette affaire ni l'initiative, ni une idée préalablement arrêtée. En fait, nous nous sommes tous spontanément trouvés d'accord et avons répondu ensemble à une invitation du Seigneur, mesurant entièrement les uns et les autres la portée de cet acte de fidélité à l'Evangile.

2. — Il est inexact, même si on l'a écrit depuis, que nous ayons «cru poser un acte prophétique». Encore une fois, nous pensons avoir été conduits par l'Esprit à cette commune décision. Nous laissons à l'Eglise et à l'histoire le soin d'apprécier si c'était ou non prophétique. Et aucun de nous ne songe à affirmer que «l'avenir nous justifiera». Nous savons le caractère risqué, problématique, mais aussi inéluctable, de cet acte, comme de tout autre, voulu et posé en référence au Christ.

3. — Il est inexact que «le geste prophétique ne passe jamais par la désobéissance formelle à l'autorité pastorale». François d'Assise, Jeanne d'Arc, Luther, Niemoeller, Camillo Torrès et tant d'autres viennent s'inscrire en faux contre une telle affirmation. En fait, toute l'histoire de l'Eglise est dominée par l'affrontement ou, mieux, la tension permanente entre l'autorité sacerdotale et le surgissement prophétique, que si l'institution refuse l'événement, celui-ci trouve toujours le moyen de se manifester souverainement, brisant les cadres sclérosés qui tenteraient de l'étouffer et se créant de nouvelles structures provisoirement mieux adaptées à l'Evangile et au monde que les anciennes.

4. — Il est inexact enfin que nous ayons dit : «C'est nous qui réinventerons l'Eglise». Nous sommes convaincus que le Seigneur lui-même réinvente quotidiennement l'Eglise et que le problème est, pour tous les appareils, d'être attentifs à cette recreation, à cette révolution permanente, et de ne pas étouffer l'Esprit sous les règlements, traditions et dogmas, toujours menacés de dogmatisme, c'est-à-dire d'immobilisme autoritaire.

Nous avons tenu à faire ces mises au point parce que, recevant l'interpellation du R. P. Le Guillou, nous voudrions que notre question, suffisamment sérieuse, soit abordée dans le respect réciproque et dans un esprit irénique : ce dernier est le seul gage authentique d'une solidité théologique qui exclut la crispation sur des positions dépassées».

nión no hace sino traer a la memoria nuestras tradiciones, las de la Iglesia católica y las de la Reforma.

Nada, por tanto, que pueda dar pie para pensar en una nueva «secta» a punto de nacer y justificada por una eclesiología nueva o teología nueva. Al contrario, la intercomuni6n o concelebraci6n, como dice alguno de ellos, tendia a unir a cada asistente a su propia comunidad de origen; de ah4 que la intercomuni6n no implica separaci6n de la comunidad respectiva. Esto lo quieren dejar bien sentado los asistentes.

4. Una cuarta raz6n ser4a el que la intercomuni6n significar4a una universalidad espiritual m4s amplia; de este modo se recoger4an m4s inquietudes de la humanidad.

5. Por fin han querido poner m4s de relieve y dar m4s realce a la dimensi6n escatol6gica de la Iglesia, olvidada con frecuencia por muchos cristianos.

OTRA POSTURA

Otro grupo de cat6licos y singularmente te6logos han aceptado una responsabilidad personal en el orden ideol6gico y doctrinal frente a los hechos parisienses y a sus documentos. Dejando a un lado ciertos te6logos y no te6logos que han hablado nos fijamos en M. J. Le Guillou, director del Instituto Superior de estudios ecum6nicos en el Instituto Cat6lico de Paris. Con fecha 19 de junio de 1968 public6 un buen comentario, rico por su contenido teol6gico. Este comentario 4ntegro es el siguiente:

Après le communiqué si clair de Mgr Marty concernant la célébration eucharistique commune, posée par un groupe de catholiques et de protestants le dimanche de la Pentecôte, j'avais pensé qu'il était inutile d'épiloguer davantage. Devant le désarroi des esprits et après la lettre de soutien signée par de nombreux chrétiens, publiée dans la presse, le temps me semble venu de prendre nettement parti.

1. *Une souffrance intolérable jaillissant d'une expérience commune.*

Que de fois ai-je reçu la visite de jeunes protestants qui m'ont dit: «Père, avec nos amis catholiques, nous vivons la même espérance, la même charité; pourquoi nous empêchez-vous de communier ensemble?» Et j'ai dû leur expliquer longuement les raisons profondes qu'a l'Eglise catholique de dire «non» à l'intercommunion. J'ai toujours remarqué que des explications franches étaient source de lumière et d'apaisement.

Avant de prendre position sur le fond du débat, il importe donc au plus haut point de bien saisir cette souffrance tragiquement ressentie par une masse toujours plus nombreuse de catholiques et de protestants, scandalisés par le fait que leur communion dans l'action ne débouche pas sur la possibilité d'une Eucharistie commune.

C'est cette souffrance que l'on sent présente dans la lettre que «les 61» ont adressée à Mgr Marty et à M. le président Ch. Westphal. Elle était d'autant plus douloureusement ressentie qu'au sein même de leurs engagements professionnels ou politiques ils avaient vécu une expérience profonde de communion sur un plan à la fois humain et spirituel.

C'est la conscience de cette souffrance diffuse dans le peuple chrétien, traversée par l'espérance indéfectible de l'unité, vécue plus intensément encore par certains au cours du mois de mai, qui a amené les participants de la célébration pentecostale à croire qu'ils posaient un acte prophétique.

2. *Un geste prophétique?*

Quelles ont été les raisons d'un acte jugé par ses participants *absolument exceptionnel* et qui ne doit pas, selon eux, devenir le premier maillon d'une chaîne de célébrations liturgiques du même type?

Pour autant qu'on puisse les saisir, j'en vois quatre :

1. *Ils ont voulu annoncer au monde l'espérance d'unité qui les habite*, en raison même de ce que certains d'entre eux appellent «la surface commune de leur foi». Ils se veulent les témoins d'une communauté de foi qui transcende les Eglises.

2. *Ils ont voulu être les témoins de la dimension eschatologique de l'Eglise*. Trop de chrétiens, disent-ils, oublient la tension fondamentale vers le royaume qui caractérise l'Eglise. Comme je demandais à l'un d'eux quel était le critère de cette eschatologie, il m'a simplement répondu : «L'avenir nous justifiera».

3. *Ils veulent retrouver dans les célébrations une universalité spirituelle plus grande*. Trop d'eucharisties leur apparaissent formelles et sans poids spirituel véritable et ils voudraient que l'offrande spirituelle recueille en elle tout le poids d'humanité qu'elle réclame normalement.

4. Enfin, quelques-uns d'entre eux estiment que *l'organisation charismatique de l'Eglise*, qui, selon certains théologiens, aurait été celle des Eglises pauliniennes, *peut resurgir sous l'action de l'Esprit dans des situations exceptionnelles*.

J'ai examiné loyalement ces raisons et je pense que nous avons à nous interroger sur la réalité spirituelle de nos Eucharisties. J'ai écouté, autant qu'il m'est possible, l'appel qui nous est adressé et la mise en question qui nous est faite.

Cependant, dès que je me demande si cet acte est un acte authentiquement prophétique —car il y a aussi de faux prophètes—, je me sens obligé de répondre par la négative, parce que dans l'histoire de l'Eglise le prophétisme a ses lois propres.

Quelle prudence ne devrait-on pas avoir avant de déclarer qu'un geste est prophétique! Dans la mesure même où il suscite un élan de sympathie de la part du plus grand nombre, ne risque-t-il pas de tomber sous le coup de la condamnation du Seigneur : «Malheur à vous quand tout le monde dira du bien de vous! C'est bien de cette manière que leurs pères traitaient les faux prophètes» (Luc. 6, 25).

Je m'étonne que des protestants acceptent d'inviter des catholiques à poser un acte qui est une infidélité profonde à leur Eglise; je connais de nombreux pasteurs qui s'y sont toujours refusés et je leur en sais gré; je m'étonne surtout que des catholiques, en particulier des prêtres, acceptent de s'engager délibérément dans une voie qu'ils savent n'être pas ouverte par leur Eglise. Je m'étonne plus encore qu'après le communiqué de Mgr Marty, des prêtres —que j'ai pour ma part tenté de dissuader de poser un tel acte— puissent essayer de faire pression sur l'opinion par une lettre rendue publique. Quelques-uns m'ont dit avoir été surpris dans leur adhésion, sollicitée par téléphone, et avoir

une position théologique absolument contraire. Il est étrange que des prêtres catholiques osent soutenir des affirmations qui impliquent à tout le moins un affaiblissement de la communion avec leur évêque, alors qu'est précisément en jeu la communion de l'Eglise. La formule qu'ils utilisent : «Rien sans le peuple» ne peut avoir un sens acceptable que si l'on n'oublie pas que l'évêque, lui aussi, fait partie du peuple.

Me permettra-t-on d'ajouter que j'ai entendu ces jours-ci des chrétiens soutenir : «Tout ce qui s'est fait de neuf dans l'Eglise s'est fait dans la désobéissance». Pareille assertion, théologiquement injustifiable, repose sur une véritable méconnaissance de l'histoire. Le geste prophétique ne passe jamais par la désobéissance formelle à l'autorité pastorale.

A la vérité, derrière ces diverses prises de position se profile plus ou moins implicitement une construction théologique que je caractériserai brièvement ainsi : l'institution (entendez essentiellement : le corps épiscopal) ne peut être prophétique, tandis que le peuple (séparé des évêques) ou les événements seraient les porteurs de l'Esprit.

Il nous faut récuser sans la moindre hésitation cette dichotomie funeste : il n'y a pas d'un côté «l'appareil» (selon un mot que trop de théologiens ont utilisé et que j'ai souvent entendu ces jours-ci) et de l'autre la réalité spirituelle du peuple chrétien» (2 Cor. 3, 8-9 ; L. G. 21, 45), l'épiscopat lui aussi est de sa nature *prophétique* et la signification prophétique appartient au corps total de l'Eglise, évêques et Pape y compris.

Pourquoi d'ailleurs la souffrance des chrétiens conscients de ce qu'ils ont de commun, soucieux de partager leurs richesses spirituelles, mais acceptant de ne pouvoir communier ensemble ne serait-elle pas une réalité prophétique qui appelle, du creux de sa déchirure, l'unité?

3. *Un geste doublement ambigu.*

Allons encore plus avant : l'acte eucharistique posé le dimanche de la Pentecôte comporte une double ambiguïté.

1. La première ambiguïté tient à la nature de l'expérience qui fonde cette célébration. Nous savons combien est profonde la communion qui peut s'établir entre catholiques et protestants, mais nous affirmons fortement que l'expérience spirituelle de groupes de chrétiens vivant la même communion, quelles que soient sa profondeur et sa signification, ne peut jamais devenir normative pour la vie ecclésiale que si elle est jugée par l'Eglise entière (avec en son sein le corps épiscopal). Admettre le contraire serait soutenir, dans le cas qui nous occupe, que l'eucharistie est jugée par l'expérience historique concrète des chrétiens. Tout au contraire, c'est l'histoire humaine tout entière, même la plus spirituelle, qui est jugée par l'eucharistie, c'est-à-dire par la mort et la résurrection du Christ.

En d'autres termes, il s'agit de savoir si c'est l'Eglise bâtie *sur* et *par* l'eucharistie qui est finalement normative ou si c'est l'histoire interprétée par des groupes ou des individus.

2. L'ambiguïté est cependant plus radicale encore : elle tient à la nature de l'acte sacramentel posé. Quelles que soient enfin les intentions des participants eux-mêmes, ou les interprétations qu'ils ont données de l'événement, le signe eucharistique a sa consistance propre qui tient aux intentions mêmes du Seigneur et de l'Eglise.

Le signe posé le dimanche de la Pentecôte était profondément ambigu : son unité n'était qu'apparente, niée qu'elle était au plus profond d'elle-même par l'appartenance à des Eglises séparées que les participants prétendaient maintenir.

Un acte sacramentel, étant de sa nature significatif et public, ne peut échapper aux lois de la signification ; il ne peut pas ne pas avoir de répercussions sur la communauté. L'acte posé, parce qu'il n'est ni un acte de l'Eglise catholique ni un acte de l'Eglise réformée, est structurellement ambigu. Il contrevient à la loi même de toute sacramentalité.

4. *L'Eglise nous précède-t-elle ou nous exprime-t-elle?*

Notre refus de reconnaître la légitimité d'un tel acte tient en définitive à la nature *ecclésiale* de la foi et de l'eucharistie. Aucune eucharistie véritable n'est possible sans une commune profession de foi. L'eucharistie ne vient pas simplement couronner une communauté vraie jaillie du contact avec le monde des étudiants et les ouvriers et précédant la célébration, comme l'a dit l'un des participants. Car alors quel serait le critère de la *vérité* de cette communauté? Le rapport de l'Eucharistie et de la communauté chrétienne est beaucoup plus profond qu'on ne le dit: l'Eucharistie présuppose une communauté de foi qu'elle suscite et qu'elle vient consacrer. Trop de chrétiens ne voient plus dans la liturgie qu'une expression de la foi, alors qu'elle n'est pas *que cela*, mais qu'elle est *aussi* et plus encore un *don* qu'il faut recevoir. Le «nous» de l'Eglise nous précède, nous enveloppe.

Toute la tradition catholique et orthodoxe, comme l'a récemment rappelé le P. Hamer dans son article *Les étapes sur le chemin de l'unité. Le problème de l'intercommunion* (Doc. cath., 5 mai 1968), soulignent que l'Eglise est l'eucharistie déployée dans le temps et dans l'espace et l'eucharistie l'Eglise condensée en un moment donné et en un lieu.

Il est donc absolument impossible de dissocier eucharistie et Eglise.

Eglise et eucharistie sont si structurellement liées que la communion ecclésiastique est en vérité la mise en oeuvre de la communion eucharistique. Le ministère lui-même, avec l'exercice de l'autorité qu'il implique est fonction de la célébration du corps et du sang du Christ.

On voit à quelle méprise s'exposent ceux qui disent: «C'est nous qui réinventerons l'Eglise». Ils ne mesurent pas à quel point ils nient la réalité même du salut, qui est en vérité un *don* avant d'être une expression de ce que nous sommes.

Affirmons-le résolument: le refus de l'intercommunion —c'est-à-dire de la communion eucharistique entre Eglises qui restent séparées— ne relève pas uniquement de dispositions de discipline ecclésiale dont l'autorité serait juge; il n'est que la traduction de la loi la plus fondamentale qui soit inscrite au coeur même de l'Eglise. Pour prendre un exemple: quel règlement pourrait venir modifier les lois de la respiration?

5. *La recherche théologique.*

Il nous faut ajouter enfin une précision: depuis déjà bien des mois, le problème de l'intercommunion a commencé de toucher la conscience des chrétiens en France. Un simple indice: il suffit d'annoncer une conférence sur l'eucharistie ou sur l'intercommunion pour faire salle comble.

Le décret sur l'oecuménisme a déjà établi quelques lois de la «*communicatio in sacris*» tant entre catholiques et orthodoxes qu'entre protestants et catholiques. Le Directoire pour les questions oecuméniques a encore précisé quelques aspects de ces relations entre chrétiens. D'autres points sont actuellement à l'étude.

A l'Institut supérieur d'études oecuméniques, M. le pasteur J. Bosc, le R. P. Mélià (orthodoxe), Pierre-Yves Emery (Frère de Taizé) et moi-même avons dit un *non résolu* à toute démarche équivoque d'intercommunion.

Nous sommes persuadés que des recherches importantes doivent se poursuivre dans ce domaine: elles doivent se faire dans la lucidité spirituelle et dans la vérité de l'amour, non dans la presse et le désordre. Nous avons à ressaisir dans sa profondeur la signification du mystère eucharistique.

Dans l'acte qui a été posé le dimanche de la Pentecôte, nous sommes soucieux de ne pas méconnaître les valeurs qui, en dépit de leur profonde ambiguïté, peuvent avoir une

certaine signification pour la vie communautaire de l'Eglise. C'est un appel à un approfondissement de notre vie spirituelle et ecclésiale.

Mais il nous faut à tout prix dissiper les équivoques. L'avenir de l'oecuménisme est en cause. En ces jours difficiles, les chrétiens ont plus que jamais à redécouvrir les dimensions ecclésiales aussi bien de leur foi que du mystère eucharistique ⁶.

El trabajo de Le Guillou tiene la aprobación de Pablo VI en carta dirigida al autor por Mons. Benelli, substituto de la Secretaria de Estado. En la carta dice entre otras cosas:

«Le Souverain Pontife a eu l'occasion de prendre connaissance de l'article que vous avez publié, à propos de la cérémonie d'intercommunion qui a eu lieu à Paris le jour de la Pentecôte, dans le journal *la Croix*, du 19 juin, sous le titre: «Signe prophétique ou geste ambigu?».

Sa Sainteté a beaucoup apprécié cette mise au point à la fois nuancée et énergique, soucieuse de respecter les intentions des personnes en cause et de dissiper toute équivoque quant à la nature théologique de cet acte. Elle m'a confié le soin de vous le faire savoir et de vous envoyer un mot d'approbation» ⁷.

DOCUMENTOS OFICIALES

Al menos algunos fieles de París quedaron sorprendidos y hasta desorientados cuando conocieron la ceremonia litúrgica de la intercomuni6n. De ah6 la reacci6n de su obispo, Mons. Marty, el cual, previo contacto con los responsables de la Iglesia de la Reforma en Francia, y recordando ciertos principios doctrinales y pastorales publicados pocos d6as antes por el episcopado franc6s fij6 su postura ante tales hechos con el siguiente documento:

«La presse a relat6 le fait d'une Eucharistie commune c6l6br6e dans Paris le jour de la Pentec6te par des chr6tiens, catholiques et protestants, la6cs, pr6tres et pasteurs. Des chr6tiens du dioc6se de Paris se sont, à juste titre, 6tonn6s; certains ont 6t6 troubl6s. Apr6s avoir pris contact avec les responsables de l'Eglise de la R6forme et dans l'attente d'une r6flexion commune, nous estimons n6cessaire de faire d6s aujourd'hui la mise au point suivante:

1.—*Au coeur des 6v6nements actuels.*

«On ne peut 6tre pr6sent au bouleversement qui secoue actuellement la France sans 6prouver profond6ment le besoin de partager et, si on est croyant, de s'unir dans la pri6re. Tous, nous l'avons ressenti. Parce que des chr6tiens, ensemble dans les 6v6nements,

6. «Signe proph6tique ou geste ambigu?», par M.-J. Le Guillou, O. P., Directeur de l'Institut sup6rieur d'6tudes oecum6niques.

7. En *La Croix*, 10 julio 1968.

ont vécu intensément leur foi au même Christ, ils ont cru pouvoir aller jusqu'à affirmer cette foi dans un partage en commun de l'Eucharistie. Celle-ci a voulu être un signe dans la situation exceptionnelle que nous traversons.

2. *Un acte que nous ne pouvons approuver.*

«Nous comprenons la recherche de communion qui a rassemblé ces chrétiens; tous, nous sommes tendus vers l'unité qui mettrait fin à la souffrance de nos divisions.

«Pourtant, nous ne pouvons approuver les catholiques, prêtres et laïcs, qui ont participé à cet acte eucharistique.

«Nous en donnons les raisons en réaffirmant certains principes doctrinaux et pastoraux qui viennent récemment d'être rappelés par l'episcopat français (*L'oecuménisme*):

3. *Les principes doctrinaux et pastoraux.*

1) **L'EUCCHARISTIE EST LE SACREMENT DE L'UNITE.** — «L'Eucharistie célébrée et recue en commun suppose «déjà réalisée», en ses traits essentiels et imprescriptibles, l'unité que le Seigneur a voulue pour son Eglise, sinon elle n'en serait qu'une image, une expression visible, fausse et dangereuse. La participation à la même Eucharistie implique donc cette totale communion de vie, de pensée et de sentiment qui se manifeste dans la confession l'une même foi et l'appartenance à une même Eglise».

2) **LA LITURGIE DE L'EGLISE UNIVERSELLE.**—«L'Eucharistie n'est pas liée seulement à la communauté locale qui la célèbre mai au corps tout entier, à l'Eglise universelle.

«Et c'est a charge de l'évêque d'assurer l'unité de tous les membres: c'est pourquoi l'Eucharistie ne peut être offerte dans l'Eglise qu'en union avec l'évêque».

3) **L'EUCCHARISTIE N'EST PAS UN ACTE INDIVIDUEL.**—«Ni notre foi ni nos actes de culte ne sont purement individuels; ils ont une dimension ecclésiale... lorsque nous participons au culte eucharistique, c'est au culte de notre Eglise que nous participons. On ne peut dissocier Eglise et foi, Eglise et Eucharistie».

4) **LE MINISTERE DES PRETRES.**—«Seul le prêtre a le pouvoir de consacrer l'Eucharistie. Ce pouvoir sacerdotal est transmis par les évêques en vertu de la succession apostolique».

5) **LE DANGER DE «DIVISIONS NOUVELLES».**—«Le risque que fait courir l'intercommunion est que l'on donne naissance à des «communautés oecuméniques» se situant à côté et au-delà des Eglises: une visée mal éclairée d'unité aboutirait à des divisions nouvelles.

«Nous ne pouvons donc reconnaître ce geste de nos frères. Plus encore, nous le regrettons.

«D'autres voies sont plus vraies pour la construction de l'unité; tous les catholiques doivent y travailler en s'efforçant de ne jamais séparer leur foi et leur vie et en participant à l'effort oecuménique»⁸.

(Le 5 juin 1968. FRANÇOIS MARTY, Archevêque de Paris).

8. En *La Documentation Catholique*, 7 julio 1968, n. 1.520, 1.212-1.214.

Los principios de que habla este documento en el apartado II se encuentran en *L'oecuménisme* ⁹, documento amplio y valioso del episcopado galo muy al día de las corrientes teológicas y de los problemas mundiales.

Casi al mismo tiempo que Mons. Marty publicaba este documento desaprobativo, el cardenal Bea le dirigía una carta laudatoria. He aquí el texto:

«C'est avec un très grand intérêt que j'ai pris connaissance du communiqué de Votre Excellence, en sa qualité d'archevêque de Paris, sur l'Eucharistie commune célébrée le jour de la Pentecôte par des chrétiens catholiques et protestants, laïcs, prêtres et pasteurs.

Je tiens à remercier et à féliciter Votre Excellence. Son communiqué, si précis, si solide, si rapide après les événements, est un service rendu à un oecuménisme en profondeur.

Je vous prie de croire, Excellence, avec mon religieux respect, à mes sentiments fraternels dans le Seigneur» ¹⁰.

Esta diríamos es la reacción oficial por ahora de la Iglesia católica ante los acontecimientos descritos.

La reacción de la Federación Protestante de Francia se plasmó en una breve nota en la cual se dice que la intercomuni6n plantea cuestiones que se estudian en el diálogo con los representantes de la Iglesia católica. Recomendamos que tales cuestiones se sigan estudiando ¹¹.

LA INTERCOMUNION EN LAS IGLESIAS Y COMUNIDADES ECLESIALES SEPARADAS

Para evitar equívocos y llegar al máximo de precisión el mundo protestante ha definido hace años el sentido de una terminología en orden a la intercomuni6n. Lo hizo oficialmente la Conferencia de Lund, Fe y Constituci6n 1952. En siete proposiciones expresó posibles casos de intercomuni6n.

1. *Comuni6n total.*

Se daría en el caso en que las Iglesias, estando de acuerdo doctrinalmente, o siendo de la misma familia confesional, permiten el que sus respectivos fieles comulguen con plena libertad en sus Iglesias y también el que

9. En *La Doc. Cathol.*, 7 julio 1968, 1.193-1.211; véase sobre todo cols. 1.206-1.209.

10. En *La Croix*, 7 julio 1968.

11. En *La Doc. Cathol.*, 7 julio 1968, 1.214.

los ministros puedan realizar los sacramentos en una u otra Iglesia (intercelebración); por ejemplo, entre Iglesias ortodoxas, entre Iglesias anglicanas, entre Iglesias luteranas, etc.

2. *Intercomuni3n e intercelebraci3n* tendría lugar entre aquellas Iglesias que no siendo de la misma familia confesional, se ponen de acuerdo en permitir a sus respectivos miembros comulgar libremente en una u otra Iglesia, o el que los ministros puedan realizar el sacramento; por ejemplo, las Iglesias luteranas y reformadas de Francia.

3. *Intercomuni3n*, sin más, existe siempre que dos Iglesias, que no siendo de la misma familia confesional, toman la decisi3n de permitir a sus fieles el que puedan tomar parte en la Santa Cena, o participar en la Eucaristía con plena libertad en una u otra Iglesia; por ejemplo, Iglesias anglicanas e Iglesias de los Viejos Cat3licos, Iglesia protestante episcopal e Iglesia cat3lica nacional polaca en U. S. A. Si la lengua no es impedimento, en algunos casos implicaría tambi3n la intercelebraci3n.

4. *Comuni3n abierta a todos* la veríamos en el caso en que una Iglesia invita *en principio* a miembros de otras Iglesias a recibir la comuni3n cuando asisten a los servicios respectivos de la Santa Cena; por ejemplo, Iglesias metodistas, congregacionalistas y la mayor parte de las Iglesias reformadas.

5. *Comuni3n abierta reciproca* se realizaría cuando dos o más Iglesias, en principio, invitan a sus miembros respectivos a tomar parte en la Santa Cena y en las que los miembros son libres de aceptar la invitaci3n. Esto implicaría necesariamente la intercelebraci3n.

6. *Comuni3n abierta limitada* (comuni3n por necesidad o con dispensa): Sería el caso de admisi3n de miembros de otras Iglesias que no est3n en comuni3n total entre sí, o en intercomuni3n, en caso de urgencia o de otras circunstancias.

7. *Comuni3n cerrada* es aquella en que una Iglesia limita a sus propios fieles la participaci3n en la Santa Cena ¹².

Aunque esta divisi3n o encasillado no sea tal vez completa ni exhaustiva, y aunque tampoco estas modalidades de intercomuni3n sea la cima de la unidad que Cristo nos pide, son unos buenos conceptos con los que podemos iniciar un di3logo para entendernos.

12. M. THURIAN, *Intercommunion*, en «Verbum Caro» 17 (1963) 200; *Id.*, *Le pain unique*, Les Presses de Taizé, 1968, 151-156.

PRACTICA DE LA INTERCOMUNION ENTRE LOS SEPARADOS

En esta reunión de Lund de 1952 se estudió muy detenidamente la intercomuni6n. Despu6s de largas discusiones se lleg6 a las siguientes conclusiones doctrinales admitidas por la inmensa mayoria de los asistentes.

a) La Santa Cena es un memorial de la Encarnaci6n de Cristo, de su ministerio terrestre, de su muerte y de su resurrecci6n; b) es un sacramento en el que est6 verdaderamente presente Cristo para darse a nosotros, uni6ndonos a El, a su sacrificio eterno y uni6ndonos tambi6n unos a otros; c) escatol6gicamente la Cena es una anticipaci6n de nuestra comuni6n con Cristo en su reino eterno ¹³.

La inmensa mayoria, por tanto, de estas Iglesias afirman que la Santa Cena es un memorial, un sacramento, un signo escatol6gico y un «verdadero medio de gracia».

Si en estos puntos hubo acuerdo, no existi6, en cambio, en cuanto a la intercomuni6n. Ante tal divergencia la Asamblea hizo a todas las Iglesias las siguientes recomendaciones:

a) Deberia haber siempre un servicio com6n de preparaci6n para la Santa Cena en el transcurso del cual nos arrepentiriamos particularmente de estar separados unos de otros; b) todo miembro de la Conferencia deberia tener siempre la ocasi6n de comulgar sin violar su propia conciencia, o sin ser desleal a su tradici6n eclesi6stica. Los servicios (de la Santa Cena) establecidos con este fin deberian tenerse en distintos momentos; c) a pesar de las reservas de algunos, creemos que deberia haber servicios de comuni6n abierta para el gran n6mero de aquellos que lo desean y tengan libertad para participar (en general un gran n6mero de participantes comulgar6 con esta organizaci6n y para muchos revestir6 una importancia hist6rica); d) es esencial que aquellos que no pueden tomar parte en un servicio de comuni6n particular sean invitados a asistir a la oraci6n. Muchos han encontrado en esto una fuente de bendici6n en la comuni6n espiritual, de comprensi6n y de uni6n.

Se hacen estas recomendaciones porque en la Conferencia unos opinaban que no podia darse la intercomuni6n plena m6s que en una Iglesia unida, mientras que otros creian que, recibida la eucaristia por todos, era ya un paso adelante en la uni6n. Esta es, diriamos, la jurisprudencia propuesta en Lund.

13. *Foi et Constitution. La Sainte Cène dans les rencontres oecuméniques*, en «*Verbum Caro*» 16 (1962) 169-171.

Después de la Conferencia en la ciudad sueca han tenido lugar importantes acontecimientos que afectan a la intercomuni6n, tales como los acuerdos entre la Iglesia reformada holandesa y la Iglesia evang6lica luterana de Holanda sobre la intercomuni6n y la intercelebraci6n y las tesis de Arnoldshain con las discusiones que siguieron.

Por eso el encuentro ecum6nico de Bossey de 1961, celebrado bajo los auspicios del Departamento de Juventud y de Fe y Constituci6n present6 unas proposiciones pidiendo la revisi6n de las recomendaciones de Lund sobre la intercomuni6n en la celebraci6n de las Asambleas ecum6nicas. He aqu6 estas proposiciones:

a) Debe organizarse un servicio de la Santa Cena, de la manera m6s oportuna, en el transcurso de la Conferencia (a ser posible un domingo por la ma1ana por invitaci6n de una o de varias Iglesias (Iglesias invitantes). Este servicio ser6a considerado como celebrado «en el cuadro de la conferencia», pero haciendo saber que no es un servicio de la Conferencia, sino de la Iglesia que acoge.

b) La Iglesia invitante, que est6a dispuesta y en condiciones de dirigir esta invitaci6n, deber6a ser animada a invitar a todos los miembros de la Conferencia a comulgar en el servicio, y esto incluso en el caso en que no todos puedan participar, y aunque haya tambi6n quien por motivos de conciencia ponga dificultades u objeciones para que se celebre un servicio abierto a todos.

c) Si «la Iglesia invitante» no est6a en condiciones de invitar a todos los miembros de la Conferencia a recibir la comuni6n, debe ser exhortada a que invite a todos a asistir al servicio de comuni6n...

d) Las autoridades de las Iglesias cuyos miembros participan a la Conferencia deber6an ser rogadas para que animasen lo m6s posible a sus miembros, dado el car6cter especial de tales encuentros, a asistir a este servicio y a aceptar la invitaci6n de comulgar.

e) Y puesto que en el estado actual de divisi6n entre los cristianos no es posible a todos los miembros de la Conferencia recibir juntos la comuni6n en un mismo servicio, las autoridades de la Conferencia ayudar6n tambi6n a otras Iglesias a organizar servicios de la Santa Cena, todo lo que sea necesario para asegurar a todos los miembros de todas las Iglesias participantes, una ocasi6n de comulgar al menos una vez en el transcurso de la Conferencia, sin quebrantar la disciplina de sus Iglesias.

f) Estos servicios complementarios, que parecen necesarios, no deber6an tenerse al mismo tiempo que el servicio de la Santa Cena de la «Iglesia

invitante», y además estos servicios deberán reducirse al menor número posible.

g) Deberá tenerse previsto un servicio de preparación a la Santa Cena, al que han de ser invitados a participar todos los miembros de la Conferencia y en el curso del cual se acentuarán: 1) la nota de arrepentimiento ante nuestras divisiones persistentes; 2) el don que se nos hace de la unidad en Cristo ¹⁴.

Se recomienda además a la Comisión el que rueguen a las Iglesias miembros del COE el que estudien la cuestión del ensanche y amplitud de su disciplina eclesiástica de tal modo que permita incluir las invitaciones y la participación a los servicios de comunión, cosas deseables porque:

a) Los encuentros ecuménicos bajo la égida del COE son asambleas de representantes de Iglesias que buscan explícitamente manifestar la unidad de la Iglesia de Cristo; b) estas asambleas pueden ser consideradas hasta un cierto grado como manifestaciones de la Iglesia única de Cristo ¹⁵.

El progreso de la intercomunión después de Lund se puede percibir en otros hechos. Recuérdese, por ejemplo, la experiencia - piloto de la Santa Cena celebrada en el transcurso de la Asamblea de la Juventud en Lausanne en 1960; esta intercomunión se registró poco después en Nueva Dehli (1961), como benéfica y sin las consecuencias nefastas de la indiferencia doctrinal o confusionismo. En todos estos casos la oposición de los ortodoxos es totalmente cerrada. La juventud, en cambio, es cada día menos sensible a las razones históricas de la separación de las Iglesias y, por tanto, más entusiastas de la intercomunión.

Recuérdese, además de la Asamblea de Lausanne, la Conferencia internacional de Jóvenes de 1966, celebrada en Taizé, cuando un grupo de estos jóvenes pidió a Roger Schutz, Prior del monasterio, la intercomunión. «Con pena, pero al mismo tiempo con vigor, nos dice este mismo Prior, se le fue negada» ¹⁶. Y cuando después de la Conferencia en una nota enviada por el mismo Schutz a los periódicos holandeses escribía:

«L'eucharistie, à la fois moyen et aboutissement de l'unité, est seule capable de nous donner la force surnaturelle et le pouvoir d'accomplir sur la terre notre unité entre baptisés. Il y a là une vérité existentielle. Sacrement d'unité, elle nous est offerte pour que se dissolvent, en nous et autour de nous, tous les ferments de separation. En elle sont reliés ceux qui se méprisaient par ignorance. La vague oecuménique retombera si

14. *La Sainte Cène dans les rencontres oecuméniques*, en «Verbum Caro» 16 (1962) 163-164.

15. *Ibid.*, 165.

16. M. THURIAN, *Le pain unique*, Taizé, 1967, 7.

ne vient pas bientôt le jour où se réuniront autour de la même table ceux qui, séparés confessionnellement, croient en la présence réelle du Christ dans l'eucharistie.

Pourtant, l'intercomunión n'est pas acceptable à Taizé. Sa pratique favorise des oppositions passionnelles qui vont à l'encontre de la volonté de réconciliation entre baptisés. Elle blesse d'une certaine manière l'amour que beaucoup portent à l'institution de l'eucharistie, et qui blesse l'amour n'édifie pas l'Eglise de Dieu»¹⁷.

En la IV Conferencia de Fe y Constitución de Montreal (1963), se tocó el tema de la intercomunión. Dentro de las diferentes tesis recordemos la del profesor R. Mehl:

«Sería erróneo presentar la intercomunión como una *alternativa*, es decir, o como un *medio* de llegar a la unidad, o como un *fin* sólo realizable cuando el acuerdo doctrinal es total, completo. La intercomunión no es un problema puramente intelectual, la intercomunión supone la existencia de la *koinonía* de los creyentes; la intercomunión parece posible desde el momento en que se considera obtenido un cierto grado suficiente de esta *koinonía*. Pero entonces las Iglesias que practican la intercomunión no pueden pararse en el camino y deben llegar hasta el fin de la unidad».

Lund, Laussanne, Bossey, Nueva Dehli, Montreal, Taizé, París, Upsala, Medellín, son unos cuantos eslabones en la cadena de la intercomunión.

Actualmente podemos clasificar con Max Thurian¹⁸ todo el mundo cristiano en cuatro grandes posturas en orden a la intercomunión.

a) *Concepción "ministerial"*.

Es la postura de la Iglesia anglicana. Según esta Iglesia la posibilidad tanto de intercomunión como de intercelebración, tiene su principal base en la unidad del *ministerio* y en la disciplina eclesiástica. Indudablemente que un tal punto de partida no minimiza ni la fe ni la doctrina, pero sí que las relativiza, dada la importancia que atribuyen al ministerio y a la disciplina. Gozan también trato de favor en orden a la intercomunión los conceptos de validez y licitud.

En virtud de esto, sólo aquellas Iglesias que tengan una sucesión válida de obispos, ellas solas tienen el ministerio pleno, y ellas solas en consecuencia están capacitadas para celebrar, no sólo válida sino lícitamente, la eucaristía. Sacando las conclusiones inevitables de estos principios, únicamente puede haber intercomunión entre aquellas Iglesias que no han perdido la sucesión episcopal histórica, pues sólo estas Iglesias encierran

17. M. THURIAN, *Le pain unique. Simple réflexion sur l'eucharistie et le ministère*, Taizé, 1967, 9.

18. *Intercomunión*, en «*Verbum Caro*» 17 (1963) 199-213; *Id.*, *Le pain unique*, 151-156.

en su depósito el verdadero ministerio y, por tanto, la eucaristía válida. Pero en casos concretos y con la necesaria autorización estas Iglesias en posesión de la eucaristía válida podrán permitir que fieles de otras Iglesias o comunidades eclesiales con tal de estar bautizados y que vivan con normalidad dentro del grupo confesional a que pertenezcan, puedan recibir la comunión de sus propios ministros. En la línea de esta Iglesia no se prohíbe a sus propios miembros el que puedan recibir la comunión en otras Iglesias, aun en el caso en que no tengan el ministerio episcopal; ni se les censura por estas comuniones, pero tampoco se les alienta y exhorta; tan sólo se les pone en claro el confucionismo a que pueden dar origen y la falta de lógica con sus propias creencias. La intercomuni6n es un caso de estricta decisi6n personal.

Esta postura es l6gica y normal, si se tiene en cuenta el principio de la Iglesia anglicana de una separaci6n posible entre la Iglesia una y la sociedad, cuerpo o confesi6n al que pertenece concretamente un fiel.

b) *Concepci6n "doctrinal"*.

Aquí tiene trato de favor y se acepta como base la fe y la ensefianza sobre la eucaristía. Para la intercomuni6n es condici6n indispensable la unidad de la fe en la presencia real. Siempre, por tanto, que celebrante y fieles admitan la presencia real de Cristo en la eucaristía podr3 darse intercomuni6n; y siempre que Iglesias o Comunidades eclesiales confiesen esta presencia real de Cristo puede aceptarse entre ellas sin m3s la intercomuni6n. Aquí se subordina el ministerio y la disciplina a la verdad de la presencia real. Es la postura de la Iglesia luterana.

c) *Concepci6n "abierta"*.

Como en la Santa Cena el único maestro y huésped es Cristo, nadie tiene autorizaci6n para poner obst3culo e impedimento alguno para recibir la eucaristía en cualquier Iglesia o Comunidad, con tal de tener fe en Cristo.

Cuando se celebra la Santa Cena es una invitaci6n que Cristo hace a todos los cristianos y en conciencia todos est3n obligados a aceptar esta llamada y a estar de acuerdo con ella. Si Cristo llama, es evidente que ninguna concepci6n dogm3tica, ninguna doctrina sobre el ministerio, ninguna disciplina eclesi3stica, puede alegar una base teol6gica para que una Iglesia pueda prohibir la intercomuni6n o para que el fiel se abstenga. Lo único que puede justificar la abstenci6n del fiel o la prohibici6n por parte de una Iglesia es el respeto ecuménico. Es esta una visi6n esencialmente cristocéntrica de la eucaristía: Cristo est3 presente, invita en la Santa Cena a los cristianos y quiere realizar en El la unidad. Por tanto la Santa

Cena se concibe como un medio que tienen los cristianos desunidos para adelantar en la unión total y visible, que el evangelio nos pide. Es la enseñanza de la Iglesia Reformada.

En la práctica, sin embargo, hoy día por respeto al ecumenismo, para evitar un confusionismo y no comprometer la unidad, es preferible no practicar la intercomunión; con esta práctica se pueden herir sentimientos y convicciones sinceras de otras Iglesias. Es el procedimiento que se sigue en Taizé.

Aunque la práctica de Taizé no permite la intercomunión, sin embargo, teólogos de este monasterio, como Max Thurian, se inclinan teóricamente por una mayor amplitud en la práctica de la intercomunión; desean que se llegue a aceptar en todas sus consecuencias el principio de la primacía del bien del hombre sobre la observancia de leyes meramente humanas. Toda institución legal, de cualquier orden que sea, incluso el litúrgico, debe estar al servicio del hombre. «El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc. 2, 27). La primacía del bien del hombre ha de estar por encima de la observancia de la ley. Así lo dice Jesús (Mc. 2, 23-28).

El movimiento ecuménico ha llegado hoy a una situación, que bien pudiera tenerse en cuenta, nos dice Thurian, el episodio que San Marcos describe sobre la cogida de las espigas por parte de los Apóstoles y los panes de la proposición ofrecidos a David, reservados únicamente a los sacerdotes (Mc. 2, 23-28; Mt. 12, 1-8; Lc. 6, 1-15 y I Cor. 11, 26-34). Hoy es la época en que las Iglesias todas han de preguntarse si no ha llegado el momento de sacrificar la disciplina puramente eclesiástica sobre la comunión en bien de la misericordia que Dios nos ofrece de la unión. El retiene que la unidad no se llevará a cabo en la confusión de doctrinas, sino en la verdad reconocida en común.

En Upsala propuso así M. Thurian el problema de la intercomunión. Es claro que la exigencia del pueblo cristiano, sobre todo el mundo de los jóvenes, presionará cada vez más para que la unidad en la eucaristía se haga una realidad. ¿No sería posible y preferible que las autoridades de las Iglesias se adelanten a esta presión que pudiera ser perjudicial para la fe? La eucaristía es un sacramento de la Iglesia; sólo la Iglesia puede organizar la celebración. Pero es el amor a la Iglesia de Cristo precisamente el que acosa a numerosos cristianos cuando desean verla tomar la dirección de un movimiento indicando una dirección conforme a la fe, más bien que verse obligada a dar un día a posteriori un sentido a una revolución desafortunada ¹⁹.

19. En *La Croix*, 10 de julio 1968.

Recoge aquí M. Thurian lo que se dejó ver en Upsala: que las Iglesias salidas de la Reforma practicarán cada vez más la intercomuni6n en el futuro. La juventud entre ellos, lo mismo que entre nosotros, presiona justamente. M. Thurian expresaba así su opini6n en Upsala sobre la intercomuni6n: «el contenido necesario de una intercomuni6n eucarística ha de ser una real intercomuni6n de fe y de vida, de teología y de compromiso»²⁰.

d) *Concepci6n "total"*.

Como la Iglesia no puede ser más que una, única e indivisible, la intercomuni6n en la Iglesia no puede darse; de ahí que el término intercomuni6n no tiene sentido ni significaci6n alguna. En esta Iglesia única no puede existir más que una comuni6n total con carácter exclusivo de comuni6n cerrada y que incluye necesariamente unidad de doctrina y de ministerio. Es la postura de las Iglesias cat6lica y ortodoxas²¹.

En todo este diálogo de la intercomuni6n los teólogos protestantes, al menos alguno, quisieran luz sobre los siguientes puntos:

a) ¿Qué significa la eucaristía fuera de la sucesi6n apost6lica? b) Es un sacramento de la presencia y de la acci6n de Cristo? c) La negativa

20. *Ibid.*

21. Para una idea más detallada de la postura de diferentes Iglesias o Comunidades véase el volumen de las ponencias de Fe y Constituci6n de Lund 1952, editado por D. Baillie y J. Marsh, *Intercomuni6n*, London, 1952, con los siguientes artículos:

E. BEIZER, *The Probleme of Intercommunion in the Reformation*, 58-83; A. PAYNE, *Intercommunion from the seventeenth to the Nineteenth Centuries*, 84-104; O. S. TOMKIS, *Intercommunion in the Ecumenical Movement*, 105-137; Y. M. CONGAR, *Amica Contestatio*, 141-151; R. DAVIS, *Intercommunion: A Methodist Contribution*, 152-166; A. T. DE GROOT, *Intercommunion i the Non-Clerical Tradition*, 167-177; V. E. DEVADUTT y P. W. EVANS, *A Baptist View*, 178-195; G. FLOROVSKY, *Confessional Loyalty in the Ecumenical Movement*; 196-205; T. S. GARRET, *Intercommunion in the Younger Churches*, 206-221; S. L. GREENSLADE, *Intercommunion: A Personal Opinion*, 222-235; A. G. HEBERT, *A Root of Difference and of Unity*, 236-254; L. HODGSON, *Anglicanism and Intercommunion*, 255-268; J. MARSH, *Intercommunion: A Congregationalist Comment*, 269-280; W. NIESEL, *Intercommunion in the German Evangelical Church*, 281-288; W. SADIQ, *Intercommunion and Chudch...*, 289-95; E. SCHLINK, *Lord's supper or Church's supper*, 296-302; T. F. TORRANCE, *Eschatology and the Eucharist*, 303-350; L. ZANDER, *Intercommunion and co-celebration*, 351-360.

Pueden verse, además, J. A. T. ROBINSON, *Intercommunion and Cocelebration*, en «*Ecumznical Review*» 9, 1957, 263-66; T. F. TORRANCE en su libro sobre la intercomuni6n, que no hemos podido consultar directamente, piensa que rechazar la intercomuni6n entre personas bautizadas e incorporadas a la Iglesia equivale a negar la realidad transcendente del bautismo, o a provocar un cisma en el cuerpo de Cristo (exageraci6n, sin duda, la de este teólogo de la Iglesia de Escocia y profesor en la Facultad de Teología en la Universidad de Edimburgo); W. MANSON, *Church and Intercommunion*, en «*Scottish Journal of Theology*» 4; W. H. VAN DE POL, *La communion anglicane et l'oecuménisme d'après les documents officiels*, Paris, 1967 (admite la intercomuni6n entre las Iglesias anglicanas y de la Reforma y quizás con los ortodoxos. Un nuevo examen de las órdenes anglicanas podría abrir un camino, si no a la intercomuni6n con Roma, si a un acercamiento).

de no querer comulgar en una «eucaristía protestante», es no querer reconocer el sacramento, o es más bien el deseo de evitar la confusión doctrinal o eclesial? d) Cuando no existe el riesgo de una confusión doctrinal (como en los encuentros ecuménicos competentes) es posible a un católico comulgar en una eucaristía «protestante», y recibir, por tanto, auténticamente el sacramento de Cristo? e) ¿El negarse a comulgar con los protestantes no podría ser un negar a Cristo mismo, su presencia y su acción sacramental? f) ¿Qué *representa* un pastor que no ha sido ordenado por un obispo? g) Si podemos escuchar juntos (católicos y protestantes) la palabra de Dios, ¿por qué no podemos comulgar juntos? h) ¿La unidad en el bautismo es separable de la unidad en la eucaristía? i) ¿No tenemos nosotros una concepción de la Iglesia demasiado uniformizante y centralizadora? ¿No deberíamos nosotros repensar la unidad visible en los términos de comunión viviente entre Iglesias locales autocéfalas? ²².

POSTURA TEOLÓGICA

Conviene antes de nada precisar una terminología, porque la cuestión de vocabulario es imprescindible para aclarar cuestiones. Si tenemos en cuenta los documentos oficiales observamos que en ellos se habla de «comunicación en la vida y actividades espirituales» con los hermanos «separados» ²³. El mismo Directorio indica el contenido de lo que se quiere expresar con esa *comunicación*: todas las oraciones que se hacen en común, el uso común de las cosas y de los lugares sagrados y también toda la *communicatio in sacris*.

Esta *communicatio in sacris*, también según el Directorio ²⁴ es todo acto que participa en un culto litúrgico cualquiera, o bien en los sacramentos de una Iglesia o de una Comunidad eclesial. Culto litúrgico, siempre según el Directorio, significa el culto ordenado según los libros, prescripciones o costumbre de una Iglesia o Comunidad, celebrado por un ministro o un delegado de una Iglesia o Comunidad. El Directorio al hacer la aplicación práctica de estos documentos precisa más esta *communicatio*, tanto con los ortodoxos (nn. 39-54), como con los demás hermanos separados (nn. 55-57).

Unitatis redintegratio habla de la «*communicatio in sacris*» en el n. 8, y *Orientalium Ecclesiarum* en los nn. 26-28.

22. En *La Sainte Cène...*, 166-68.

23. *Directorio*, IV, 25 ss.

24. *Ib.*, 30.

En los tres documentos se nos dice lo que está permitido en esta materia y lo que no puede hacerse. El término intercomuni6n no se utiliza en los documentos de la Iglesia cat6lica. Al margen, sin embargo, del Magisterio existe una terminologfa nueva que se emplea en los encuentros ecum6nicos. En estas reuniones prevalecen terminol6gicamente dos expresiones: *intercomuni6n* y *comuni6n abierta*.

Se da la intercomuni6n entre Iglesias o Comunidades eclesiales, cuando cada una de ellas permite sin discriminaci6n alguna el que los miembros todos de las otras Iglesias o Comunidades participen en sus actos de ministerio y de culto, incluida la eucaristfa. Como es claro, la intercomuni6n puede ser total o limitada a ciertos actos de culto y ministerio.

La comuni6n abierta, en cambio, se da cuando en determinadas circunstancias, tales como los encuentros ecum6nicos, una Iglesia o Comunidad permite el que los miembros todos de otras Iglesias o Comunidades que asisten puedan recibir la comuni6n eucarfstica celebrada en esta ocasi6n, pero que esta Iglesia o Comunidad no se obliga a la reciprocidad.

Es decir que el t6rmino intercomuni6n se ha creado para definir la comuni6n eucarfstica entre Iglesias que no est6n en comuni6n total y que por tanto permanecen separadas ²⁵. Definida asf la intercomuni6n parece clara la inaceptabilidad de la misma en los dos aspectos que encierra: admisi6n a la comuni6n de miembros de otras Iglesias o Comunidades y concelebraci6n de ministros de diversas comuniones.

Adem6s de los documentos se6alados anteriormente han manifestado su pensamiento sobre la intercomuni6n de una manera *m6s directa* Pablo VI en la carta antes citada, asf como el Card. Bea, Presidente del Secretariado para la Uni6n de los cristianos, tambi6n en la carta anteriormente indicada. En el mismo sentido que la carta habfa escrito antes un breve artfculo opuesto a la intercomuni6n ²⁶. Lo mejor que podemos hacer, nos dice, es seguir lo que nos dicta nuestra propia fe y continuar profundizando en ella dej6ndonos introducir por el Espfritu Santo en toda verdad. Mientras esto no llegue, hagamos en memoria de Cristo lo que El ha hecho, como El lo ha hecho y aliment6monos del cuerpo y de la sangre.

Pero como indicabamos al principio, no todos est6n de acuerdo con este pensamiento, incluso insignes te6logos. Ya indicamos antes, c6mo el t6rmino intercomuni6n no se encuentra en el Magisterio de la Iglesia; ahora a6adimos que tampoco lo utiliza, ni se encuentra en la Tradici6n. Y no se encuentra, en primer lugar porque el t6rmino incluye en sf mismo plura-

25. Sobre el empleo del t6rmino «comuni6n» v6ase Y. M. CONGAR, «Confession», «Eglise» et «communion», en *Irenikon* 23, 1950, 3-36.

26. *Eucharistie et unit6*, en «Verbum Caro», n. 80, 1966, 6-18.

lidad de «comuniones»; y estas «comuniones» llevan consigo divergencias en la fe y en las estructuras de la Iglesia; y en segundo lugar porque tales divergencias, en lugar de eliminarse, se conservan en la intercomuni6n. Ahora bien, esto es incompatible con lo que el Nuevo Testamento nos dice sobre la eucaristía. En el mensaje revelado la eucaristía es el signo, el símbolo y la expresi6n de la unidad que Cristo ha querido para su Iglesia. Cuando la eucaristía se recibe en com6n supone necesariamente ya esta uni6n realizada, al menos en sus puntos esenciales, entre los que la reciben.

La intercomuni6n, por el contrario, que no pretende separar a los comulgantes de sus respectivas Comunidades, seg6n nos indican expresamente los asistentes a la acci6n lit6rgica parisiense, no es este signo de unidad, donde realmente no existe tal unidad; es m6s, donde se dan divergencias profundas en la fe; o por lo menos la intercomuni6n: o no tendría en cuenta tales divergencias, o las eliminaría. La eucaristía sin esa unidad de fe no sería, como nos dice en su documento el arzobispo de París, sino una imagen, una expresi6n visible, falsa y peligrosa. La participaci6n en la misma eucaristía implica comunidad de vida, de pensamiento y de sentimientos que se patentizan en la confesi6n de una misma fe y en la pertenencia a una misma Iglesia ²⁷. Y esto no se da en la intercomuni6n. La Iglesia fundada por Cristo no es un conglomerado de comuniones distintas, aunque sea temporalmente, sino comuni6n 6nica, profesi6n externa de una fe tambi6n 6nica.

Vaticano II nos dice que la *communicatio in sacris* se opone a la unidad de la Iglesia, que incluye: o una adhesi6n consciente al error, o peligro de extravío en la fe, escándalo o indiferentismo y que por lo mismo «lege divina prohibetur» ²⁸. Si esto se dice de la «*communicatio in sacris*», con m6s raz6n debe aplicarse a la intercomuni6n, ya que la intercomuni6n afecta a la existencia misma de la Iglesia en su realidad *plena*; en la intercomuni6n es la unidad íntegra de su fe la que se pone en juego. No es, por tanto, un problema de mera disciplina, aunque hay tambi6n en ella una parte disciplinar sujeta a cambio.

La prohibici6n de la «*communinatio in sacris*» no es puramente disciplinar, sino de car6cter teol6gico y por razones no desestimables. Y es la m6s principal de todas ellas la vinculaci6n íntima que existe entre los sacramentos y la fe y entre los sacramentos y la Iglesia. Una tradici6n ininterrumpida nos habla del bautismo como el sacramento de la fe; este concepto lo aplica la teología occidental, con raz6n, a todos los dem6s sacramentos con la expresi6n frecuente de *sacramenta fidei*.

27. *Doc. citado*, III.

28. *Orientalium Ecclesiarum*, 26.

Entre los sacramentos y la fe hay una mutua simbiosis: los sacramentos presuponen, sí, la fe y son una manifestación de ella, pero también la preservan y la vigorizan. Por voluntad de Cristo fe y sacramentos están indisolublemente unidos en la economía de los medios de salvación; son la fe y los sacramentos los medios que nos unen a la cruz fuente única de salvación. ¿Quién da eficacia salvífica a los sacramentos sino la fe vivida dentro de una institución que se llama Iglesia? Es por esto precisamente por lo que no puede haber unión en la celebración de los sacramentos sin unión en la fe ²⁹.

Sin duda que esta doctrina es sorprendente, si leemos el número 27 de *Orientalium Ecclesiarum* según el cual a los ortodoxos que estén en buena fe fuera de la Iglesia Católica y que espontáneamente lo pidan y estén debidamente preparados se les puede administrar los sacramentos de la penitencia, *eucaristía* y unión de los enfermos; parece que oficialmente se sanciona la intercomunidad. Y sin embargo, no es así.

La diferencia es profunda en ambos casos. Si la Iglesia católica recibe a los ortodoxos en su propia comunión, lo hace, subrayémoslo bien, no de Iglesia a Iglesia, sino a título personal y en circunstancias excepcionales. Y tiene para ello una motivación teológica. Los ortodoxos conservan la sucesión apostólica histórica, tienen verdadero sacerdocio, verdaderos sacramentos, y por tanto, verdadera eucaristía. Este es el fundamento eclesiológico y sacramental que motivan el que la Iglesia católica adopte una disciplina más benévola para con los ortodoxos, que comparten sustancialmente con nosotros la fe católica, que con los otros hermanos separados. Por la eucaristía del Señor en las Iglesias particulares, que también celebran los ortodoxos, la Iglesia de Dios se edifica y crece ³⁰. En realidad entre católicos y ortodoxos nunca ha habido propiamente una crisis en la fe, razón por la cual nos están muy cercanos y tenemos con ellos una estrecha comunión en razón de las verdades de fe. Esta proximidad apuntala también la motivación estrictamente teológica.

Hay una segunda motivación de orden pastoral para admitirlos en determinados casos a la propia comunión. Como los sacramentos han sido instituidos para bien de los hombres, y como por otra parte la ley suprema de la actividad de la Iglesia es la salvación de las almas, con el fin supremo también de salvarlas, se puede abordar el riesgo de una equivocación en el caso incluso de no haber comunión *completa* en materia de fe con la Iglesia católica ³¹. Título personal, circunstancias excepcionales, sucesión

29. Y. M. CONGAR, *Sur l'inter-communion. Amica contestatio*, en *Chrétiens en dialogue. Contributions catholiques à l'oecuménisme*, Paris, 1964, 243-254.

30. *Unitatis redintegratio* 15.

31. CARD. BEA, *art. cit.*

apostólica, auténtico sacerdocio, verdaderos sacramentos, sacramenta propter homines, motivan eclesiológica y sacramentalmente una cierta intercomuni6n con los ortodoxos.

Quienes practican la intercomuni6n olvidan que los actos de culto y sobre todo de culto sacramental, no tienen un car6cter puramente personal e individual, sino una dimensi6n estrictamente eclesial y comunitaria. As6 lo estableci6 Cristo al instituir la eucarist6a en la forma de un banquete comunitario. Este y no otro era el significado del banquete jud6o de la Pascua: un banquete de familia presidido por el padre, de tal modo que la reuni6n de la familia era el cuadro imprescindible para comer el cordero ³². Y este cuadro familiar es el que utiliza Cristo para instituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre. Por eso antes que nada empieza El por congregar tambi6n su familia con este fin, que San Lucas (22, 7-14) nos describe con tanta sencillez. Cuando todo estuvo preparado, nos dice el evangelista que Jes6s se puso a la mesa y los disc6pulos —la familia— con El. Por voluntad de Cristo no se puede concebir la eucarist6a sin una comunidad reunida en torno a El.

Todo fiel que comulga hace sin duda un acto personal de fe, compromete con 6l toda su persona, pero al mismo tiempo ese acto de fe es la fe de su comunidad, de su Iglesia, y por esto precisamente son inseparables Iglesia y fe, Iglesia y eucarist6a, y por esto tambi6n la comuni6n de un fiel no es un acto devocional suyo, sino el acto de la Comunidad y de la Iglesia a que pertenece. La fe del creyente no es otra que la fe de la Iglesia y los sacramentos que el fiel recibe no son otra cosa que los sacramentos de la Iglesia. En 6ltimo t6rmino quien realmente celebra es la Iglesia y nosotros no somos otra cosa que los ministros. La intercomuni6n no puede darse, si la unidad no existe. La intercomuni6n es el ejercicio y manifestaci6n de la unidad de fe, de vida, de pensamiento y de sentimientos entre quienes se acercan a la misma mesa.

Y es importante hacer notar que es inaceptable la intercomuni6n local, digamos parroquial o en otra Iglesia cualquiera, ya que la intercomuni6n es universal, como universal es la Iglesia que se presencializa toda ella all6 donde se celebra una misa.

La separaci6n entre Iglesia y eucarist6a se hace imposible por la sencilla raz6n de que la eucarist6a no es tan s6lo el n6cleo vital, sino que es tambi6n el culmen de la vida del pueblo de Dios. «Curent parochi ut celebratio Eucharistici Sacrificii *centrum* sit et *culmen* totius vitae communitatis christianae» ³³.

32. GREGORY DIX, *The Shape of the Liturgy*, Londres, 1945; L. BOUYER, *La Bible et l'evangile*, Paris, 1951, 293-310.

33. *Christus Dominus* 30.

Y el pueblo de Dios es una Ekklesia, es una asamblea permanente, porque permanentemente está convocada. Pero hay una circunstancia, al menos, en que esta Asamblea, permanentemente convocada, se actualiza más, diríamos así, y en la que aparece en toda su realidad de Asamblea: es el momento en que se reúne este Pueblo convocado junto a su pastor para celebrar su sacrificio, sacrificio que ofrecen en común pastor y fieles, cada cual en su plano, pero al fin sacrificio común.

No hace falta citar los textos abundantes de la liturgia romana en su canon que afirman la comunidad de este sacrificio. Por otra parte cuando un sacerdote, sea obispo o simple presbítero, celebra un sacrificio eucarístico, allí está toda la Iglesia, la Iglesia universal. Naturalmente que cuando aparece con más claridad esta presencia de todo el Pueblo de Dios es en la celebración de la liturgia episcopal. Pero también, repetimos, en la misa del presbítero, porque éste tiene su sacerdocio recibido del obispo que actúa en nombre del Colegio episcopal. Y no importa que el sacrificio se celebre en una grande o en una insignificante parroquia, en una gran ciudad o en una minúscula aldea.

Esta unión inseparable de Iglesia y eucaristía la recoge bien la constitución sobre la liturgia: ...«sibi persuasum habentes praecipuam manifestationem Ecclesiae haberi in plenaria et actuosa participatione totius plebis sanctae Dei in iisdem celebrationibus liturgicis, praesertim in eadem eucharistia, in una oratione, ad unum altare cui praeest episcopus a suo presbyterio et ministris circumdatus»³⁴.

Es decir que la Iglesia tiene dimensión eucarística y la eucaristía dimensión eclesial y en consecuencia inseparabilidad entre una y otra. Tanta es la inseparabilidad entre ambas que alguien ha podido afirmar que la Iglesia es la eucaristía desdoblada en el tiempo y en el espacio³⁵. Y con razón ya que la Iglesia se realiza, está toda en aquel lugar preciso, concreto y determinado en que se celebra una misa. Y Congar nos dirá esto mismo en el artículo que antes hemos citado con una expresión gráfica y superrealista. La eucaristía no es una realidad exterior, externa a la Iglesia que pudiera utilizarse para entrar en ella, algo así como «una llave para entrar en una casa»³⁶.

En una estructura eclesial como es la neotestamentaria, en la que todo está ordenado a la celebración del sacrificio de Cristo, no puede hablarse de separación entre ambas: entre Iglesia y eucaristía.

34. *Sacrosanctum Concilium* 41.

35. J. HAMER, *Les étapes sur le chemin de l'unité. Le problème de l'intercommunion*, en *La Doc. Cathol.*, 5 mayo 1968, 829-842: conferencia pronunciada en «Graduate Theological Union», Berkeley, California, el 24 de enero 1968; Id., *El problema de la intercommunion*, en *Diálogo Ecuménico* 3, 1968, 189-204.

36. *Ob. cit.*, 243-254.